

El sufrimiento: la experiencia de Jesús

Pbro. Silvio Marinelli Zucalli

Podría parecer extraño y raro, pero los Evangelios no reportan ninguna fórmula o discurso de Jesús como explicación del sufrimiento, de las enfermedades, del mal. Ni son reportadas palabras de «resignación». Él se comprometió con palabras y obras para que fueran vencidas las causas del mal. Ni Jesús buscó para sí mismo el sufrimiento. Cuando no pudo evitarlo, porque estaba en el camino de la fidelidad a la voluntad del Padre y a su proyecto de vida, lo enfrentó con entereza.

Las palabras de la institución de la Eucaristía manifiestan bien la disposición del corazón de Jesús y su intención profunda: «Tomen, coman, éste es mi cuerpo... Beban todos de él, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados...» Jesús vivió su vida con una actitud de amor y de solidaridad. Este amor introduce en el sufrimiento una energía transformante que da sentido y valor.

Los discípulos sintieron fatiga al seguir al Maestro cuando hablaba del sentido que tiene el sufrimiento como manifestación de amor y entrega. ¿Quién no recuerda el encuentro de Emaús? El misterioso viajero se acerca a los jóvenes desilusionados, los reanima «explicándoles lo que se refería a Él en todas las Escrituras, es decir, que tenía que sufrir mucho para entrar en su gloria». No sabemos cuál «Evangelio del sufrimiento» les contó el Señor; sabemos que luego «les ardió el corazón en el pecho... se abrieron sus ojos», reconocieron al Maestro, retomaron confianza en la vida y el gozo de compartirla con la comunidad.

También Jesús, como tantos Job antes y después de Él, repite su 'por qué'. Y Él ciertamente es la víctima inocente del pecado ajeno y no cesa de amar y perdonar, aún cuando lo clavan en la cruz. El hombre experimenta la participación de Dios mismo al dolor. Dios no sólo está cerca o alrededor: está en el dolor humano, es presencia interior, amante y silenciosa. En Cristo que sufre se nos revela hasta qué punto Dios es amor, y amor «para con nosotros», para liberarnos de la esclavitud, la muerte y el pecado. Las llagas del Crucificado permanecerán impresas en su cuerpo después de la resurrección como sello de su amor.

Es singular el hecho que el Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como el que simultáneamente es portador de gozo, el amigo capaz de consolar y aliviar, de liberar de todo mal, y el «varón de los dolores», el que «tiene que sufrir mucho». Al final de su vida, los dos rostros se integran en el Crucificado-Resucitado: el crucificado es resucitado, el resucitado es el mismo que padeció y fue crucificado; el que era descrito como «varón de los dolores», ahora es el Viviente y manantial de vida y de gozo para todos: éste es el anuncio pascual. La última palabra no pertenece al dolor y a la muerte, sino al gozo y a la vida. Hay unidad profunda entre los dos aspectos de la vida de Jesús porque Jesús interpretó siempre su vida como misión recibida del Padre para que todos los hombres

«tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). Todas las circunstancias, alegres o tristes, son vividas por Él como oportunidad para cumplir su misión.

En particular, en las horas del Getsemaní y del Gólgota aparece la humanidad de Cristo. En una narración sobria, se habla de una «tristeza » que es «ser triste hasta morir» de un «caer rostro en tierra», de un estado de «abatimiento» y de «aturdimiento », como un «estar fuera de sí» porque es presa de un presentimiento terrible. Jesús siente «miedo», es invadido por una congoja que produce un sudor de sangre y de agua. El triple ir y venir, la repetición de la oración muy breve e intensa al Padre, la búsqueda de consuelo en los discípulos y la ausencia de ellos: son todos elementos que subrayan la soledad extrema, el fracaso de su profundo deseo de comunión.

A la experiencia de sufrimiento (físico y psicológico) de la noche de la muerte inminente se añade el sufrimiento que viene de la noche de la fe: el silencio de Dios. La plena adhesión a la voluntad del Padre expresada por Jesús («Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres Tú») no comporta una revelación de Dios. Este silencio del Padre será todavía mayor en el Gólgota.